

Homilía para Pentecostés

12 Junio 2011

Lecturas: Gn 11,1-9; Hch 2,1-11

Evangelio: Jn 20,19-23

Autor: P. Heribert Graab S.J.

¿Han intentado ustedes alguna vez como adultos aprender una nueva lengua extranjera? Después ustedes probablemente han hecho la experiencia de que es una empresa bastante penosa, sobre todo si uno no está especialmente dotado para los idiomas, como me sucede a mí.

La Biblia aclara este esfuerzo con la auto-soberanía del ser humano, que quiere ser “como Dios”. La misma auto-soberanía condujo ya a Adam y Eva a tener que conseguir con fatiga su pan, todos los días de su vida. (cf. Gn 3,17)

Los seres humanos, dicho sea de paso, no han aprendido nada de esto hasta el día de hoy. En todo caso ya entonces trataron de construir en Babel una torre que llegase “hasta el cielo”, que los hiciera iguales a Dios. Esta empresa los llevó al caos: Cada uno gira en su pensamiento alrededor de sí mismo.

- Cada uno quiere ser el mayor.
- Cada uno quiere ser como Dios.
- Cada uno se convierte en rival del otro.
- Ya nadie escucha al otro.
- Ya nadie comprende al otro.

El fundamento de la corporación, del trabajo en grupo y de la vida en común se ha destruido. Se hace sumamente penoso aprender el idioma del otro.

E incluso hoy también más de un estudiante puede cantar una canción sobre el trabajo, estudio intenso y sudor que cuesta aprender una lengua extranjera.

Con Pentecostés otra vez llega Pascua,
la fiesta de nuestra salvación,
a una cumbre fascinante.

Hace cincuenta días, y domingo tras domingo de nuevo, celebramos que Dios nos ha salvado mediante la vida, la muerte y la resurrección de Jesucristo de aquella culpa fundamental de la auto-arrogancia, que hace caer a la humanidad desde siempre y hasta el día actual en el caos y en la perdición.

El Resucitado nos abre una nueva perspectiva existencial.

Él nos abre –dicho bíblicamente– el Reino de Dios. Si ustedes quieren: nos abre el “cielo” – es decir, el mundo de Dios de justicia, de paz y de amor, por consiguiente un mundo reconciliado, en el que los seres humanos escuchan a Dios y están unidos a Él en el amor, un mundo, en el que por eso las personas también se comprenden de nuevo mutuamente.

Nosotros celebramos en Pentecostés:

- el don del Espíritu de Dios;
- el regalo de la comprensión interhumana como consecuencia de la reconciliación con Dios;
- el regalo de la única lengua, la lengua de Jesucristo.

Sin embargo: ¡Dios no nos obliga!

Él no nos impone Pascua.

Él no nos impone tampoco Pentecostés.

Él nos invita a introducirnos en la única lengua, en la lengua de Jesucristo, en la lengua del Espíritu, en la lengua del amor.

De esto estamos nosotros todavía muy alejados. Esto lo sabemos todos nosotros.

Tampoco la Iglesia ha llegado a Pentecostés desde hace mucho tiempo.

Las diferentes confesiones de la única Iglesia se agarran a sus propias lenguas, conseguidas con gusto.

Aquí se habla “evangélicamente”,
aquí se habla “ortodoxamente”,
aquí se habla “católicamente”.

Más aún:

Aquí se habla de forma “conservadora”, “liberal”
o “progresista”.

Aquí se habla la lengua tridentina,
la lengua de Pío XII,
o también la lengua de Juan XXIII
y la lengua del Concilio Vaticano II,
las cuales además en diferentes dialectos.

Pero la lengua de Jesús, la lengua del Espíritu de Pentecostés,
la lengua del amor, la lengua de la unidad también es todavía en la Iglesia una lengua extranjera,
que trata de aprender penosamente.
Pero ¡celebramos llenos de alegría esta fiesta de Pentecostés!

- Celebramos en el fondo la esperanza que se nos ofrece en Pentecostés.
- Celebramos la confianza inquebrantable de que no hay camino de vuelta tras aquel acontecimiento de Pentecostés en Jerusalem.
- Celebramos la utopía real de una comprensión definitiva.
- Celebramos, que también hoy sea posible y que mañana suceda de forma inevitable e irrevocable lo que sucedió entonces:

“Partos, medos y elamitas,
habitantes de Mesopotamia, Judea y Capadocia,
del Ponto y de la provincia de Asia,
de Frigia y Panfilia,
de Egipto y de la parte de Libia fronteriza con Cirene,
también los romanos, que permanecen aquí,

judíos y prosélitos, cretenses y árabes,
los oímos en nuestras lenguas
anunciar las maravillas de Dios.”

Tómense ustedes en estos días tiempo para
actualizar estos magníficos textos:

- en nuestra época,
- en la situación política mundial,
- y también en la pobreza superficial de la Iglesia-
y comprenderán por qué celebramos Pentecostés.

Amén.

www.heribert-graab.de

www.vacarparacon-siderar.es